



¿Por qué Resucitó Jesucristo?

Estamos, quizá cansados, de saber que lo que celebramos en Semana Santa es lo central de nuestra fe. Todos sabemos hablar de Jesucristo muerto y resucitado para nuestra salvación, por el perdón de nuestros pecados, para hacernos hijos de Dios. Lo conocemos tan bien que no nos sorprende lo más mínimo. Son palabras vacías de contenido sin el más mínimo vestigio de realismo, sin ninguna carga de realidad. Por eso nos apartamos de la Eucaristía, celebración central de esos días, porque “no nos dice nada”, “nos aburre”, “siempre es lo mismo”. Para nosotros, ¿Qué es ser cristiano? ¿En qué consiste? Si no rezamos y no participamos de la Eucaristía, ¿cómo es nuestra unión con Cristo?

Hablar de la muerte de Jesús en la cruz puede ser llamativo y hasta chocante si a ese hablar le unimos datos escalofriantes sobre cómo fue y cuál era la cantidad de sufrimiento a soportar. Hace un par de años un periódico de tirada nacional publicó un informe sobre la muerte en cruz. Las ilustraciones ya eran por sí solas un “poema sobre el dolor”. Acompañaban a los dibujos cifras sobre los litros de sangre que se perdían, las causas de la muerte con todo lujo de pequeños detalles. El corazón se removía desesperado ante tanta cantidad de datos mortíferos. Bastaría solo haberlo acompañado con el prólogo del monte de los Olivos. “Padre, haz que pase de mí este cáliz pero que no se haga mi voluntad sino la tuya”. Así nos daríamos cuenta del tremendo esfuerzo que supondría a nuestro Dios el hecho de la muerte.

La muerte de Cristo es la imagen que de ella tenemos. No es un Viernes Santo en ayuno porque Dios ha muerto. No es el respeto que se dispensa a los muertos que “nunca más habremos de volver a ver”. El Viernes Santo es, ante todo, una historia de amor del principio al fin. Es Alguien entregado por nosotros porque todo su amor no se muestra solo en palabras, solo en vida entregada por amor. Pero aún así es absurdo todo lo que hablamos y decimos de Jesucristo: muerto por nosotros, por nuestro pecado y para salvarnos. ¿De qué? ¿Del fuego eterno? La cruz, signo vergonzoso para los primeros cristianos, se transforme en un sin sentido despreciable para cualquier persona que piense.

La misión de Jesucristo, de Dios encarnado, no es morir, no es sufrir. El cometido de su vida es amar, ofrecer la salvación de Dios, hacernos hijos con Él. ¿Para qué morir como un delincuente? La cruz de Jesucristo es el mayor absurdo que ha dado la historia de la humanidad a los hombres y mujeres que en ella han vivido. Y nosotros la tenemos como único punto de referencia en muchas ocasiones incluso para nuestra vida. Hemos convertido la muerte de Cristo en una heroicidad vacía de contenido. ¿Para qué vivir sufriendo? El cristianismo ha quedado en mucha gente como una religión que exige esfuerzos vanos. Si ha muerto Dios en la cruz por amor será muy de alabar este gesto pero el cristianismo no pasaría de ser una ética de comportamientos. Una ONG universal con solera histórica. A imitación de Jesucristo, deberíamos ser solidarios al máximo con la gente de nuestro alrededor, nuestro prójimo. La carga moral del cristianismo ha sido siempre muy fuerte porque lo definitivo ha quedado anclado en los clavos de la cruz.

Habremos de recordar, una vez más, que la resurrección es el punto clave y fundamental de nuestra fe. Otros han muertos por sus ideas: Ghandi, por poner un ejemplo. Jesucristo, ¿es un Ghandi más con toda la importancia que este tuvo para la independencia de la India? Cuando profesamos en el Credo que Jesucristo es Señor, no estamos diciendo simplemente una cualidad, estamos afirmando la realidad profunda del universo porque la resurrección es el final terreno de Jesucristo. Su vida no termina con la cruz. Su relación carnal concluye con la resurrección y con las apariciones a los discípulos. Después, la Ascensión y la venida del Espíritu Santo.

Las apariciones del Resucitado resaltan que son la misma persona esa que se aparece y aquella que murió en la cruz. “Ved mis manos y mis pies; soy yo en persona” (Lc 24, 39). Y es que la cruz no se agota en ella misma. La otra cara en continuidad es la resurrección, la glorificación que el Padre hace del Hijo. Cada sufrimiento cristiano está perseguido por la alegría de lo entregado que no para hasta alcanzarnos. El mensaje definitivo de Dios es la resurrección o, lo que es lo mismo, que cada entrega generosa desde Dios encuentra su plenificación definitiva en el gozo de aquello que ha sido donado. De ahí que el cristianismo no sea una religión de muertos sino de vivos plenos y gozosos. Para anunciar a Dios hay que hacerlo con la alegría en las manos sin olvidar que es una alegría crucificada la verdadera y la profunda. Sin la Resurrección nos quedamos en Ética y comportamientos. Con ella aportamos a la humanidad la verdad de la vida.

Pidamos al Espíritu Santo, Señor y Dador de Vida, que nos conceda la gracia de comprender el gran misterio que se encierra en la vida de Dios entregada por nosotros.

Miguel Á. Jiménez